

CAROLINA ANDRADE,

A orillas de un relato,

Guayaquil, b@ezeditores, 2024, 171 p.

<https://doi.org/10.32719/13900102.2025.57.10>

Del cero al diez, ¿cuánto le duele?
... Entre esas dos cifras, entre entregarse a la tragedia o al cinismo, cualquier número cabe, siempre y cuando se sustente en una historia verosímil. Todo dolor exige un buen relato. (13)

Así comienza la obra. Con ese dejo de ironía tan propio de la escritura de Carolina Andrade. Pero también se anuncia la motivación que llevará al personaje narrador a contar su historia.

Una voz narrativa que poco a poco se va convirtiendo en el personaje protagonista de la novela decide (la respuesta cuando le preguntan si le interesa colaborar está entre signos de interrogación), participar en un estudio que realizará una institución científica: UAPEC (Universo Apto Para Estudios Científicos). La reclutadora Ulrika le inquiera: “¿Cree que está calificada para participar en UAPEC?”. Y el

personaje narrador que insiste en que estaba sanísima, le responde con otra pregunta “¿Sí?”. Sugestiva respuesta de una personalidad insegura, pero llena de curiosidad e inquietudes. Será este el motivo desencadenante de toda la historia de la novela en que la narradora le relata su estadía de 10 años en la mencionada institución a su psicoanalista. Ese diálogo o, tal vez, monólogo psicoanalítico, enmarca su historia en UAPEC que los lectores compartiremos a partir de la interlocución del personaje con la profesional a la que acude para recuperarse de tal experiencia.

Experta como es la autora en todo lo que se refiere a producción de imagen, la historia propuesta accede a las características del *reality* televisivo que, al irse desarrollando, logra crear un mundo distópico que impacta y desconcierta en la lectura, precisamente como efectos buscados en el relato, desde su orilla, es decir desde el recuerdo de la paciente que informa de todo lo vivido a su analista, diez años después. Desde allí nos enteramos los lectores, desde ese margen del relato.

Esa etapa vivida por la narradora en UAPEC estará llena de las peores experiencias para ella y sus seis compañeros, personajes cuyas historias también conocerán los lectores y que serán utilizados para diferentes tipos de violencia inducida por los que manejan la experimentación, pero que nunca aparecen en la historia. Y comenzamos a pensar, entonces que en la novela se trata de presentar una alegoría distópica de las diversas experiencias que se pueden sufrir en cualquier contexto real.

La estructura de la novela consta de cinco capítulos, dividido cada uno en varios apartados. El segundo es el de los personajes, en el cual se van presentando con detalle a cada uno de ellos. Como antecedente, la narradora recuerda a Alberto Mangel, el escritor argentino, quien afirmaba que en la vida de cada uno “trabajan seis u ocho personajes y eso es todo” y así enumera a quienes fueron sus compañeros de experimentación: Konrad, Margaretta, Johann, Wolfgang, Ifigenia y Schmetterling. La narradora se define y define a sus compañeros de experimentación en algún momento al contarnos que

Cada mañana escribimos un texto para quienes pensamos que encontraremos ese día; cada mañana, cuando escogemos un vestido, un color, unos accesorios, un peinado, escribimos una misiva personal para la mirada de los otros. Somos un mensaje elaborado. La gente se dice... quiero que crean que estoy en control... (83)

Pero ninguno de los seis personajes, ni la narradora, tienen el control en UAPEC. Ellos deberán pasar por todas las pruebas desestabilizadoras de su yo, de su dignidad, de su saber para avanzar hacia otros momentos desconocidos y disruptivos. Es ese recorrido el que deviene en espacio propicio para que la autora inserte temas críticos sobre la condición humana, las discriminaciones sociales, diversos tipos de desconocimientos, exclusiones, abusos y otras injusticias. Clara Medina en su reseña sobre la novela afirma que

Es una obra que nos muestra las infinitas posibilidades de un relato y acaso también la capacidad de los seres humanos para resistir y tratar de sobrevivir en un mundo en el que cada vez más nos convertimos en una cifra, en un código, en una clave. (*El Universo*, 7 de julio de 2024)

En algún momento de la experimentación la narradora se entera de las experiencias de sus compañeros. Todos han tenido que mentir para sobrevivir. Parecería ser una condición *sine que non* en el mundo compartido socialmente. Wolfgang, Margaretta, Ulrika, Ifigenia, Schmetterling mintieron. Cada uno tenía su versión justificativa. Así se concluye afirmando que

La humanidad es mentirosa porque, supongo es necesario mentir. Las mentiras trabajan como piezas de acomodación para completar un mecanismo que de otra forma no podría jamás funcionar. Las mentiras son el lubricante para que las

partes del sistema encajen unas en otras. (107)

Los espacios en los que se desarrollan las acciones de la novela están perfectamente definidos y son variados: desde turísticas playas en las que se veía a los bañistas que “como Pedro [...] caminaban sobre las aguas, llenos de fe y protector solar” hasta lugares agrestes y solitarios, de nutrida vegetación. Asimismo, hay en la novela múltiples referencias culturales relacionadas con obras literarias, películas y series televisivas, que no son mencionadas al paso, sino que van acompañadas de una breve explicación para que el lector tenga claras las asociaciones con lo que se está contando.

Pero el centro de toda la novela como clave connotativa de la historia contada se encuentra en la *palabra*. Primero, porque toda la narración es el recuento de lo que la narradora le relata como paciente a su analista (a nosotros ¿analistas?), esa palabra que tiene que ver con la pregunta freudiana de ¿quién soy yo cuando digo que soy yo? Es decir, palabra de una validez relativa. ¿Es todo verdadero o la memoria ya hizo su trabajo al combinarlo no solo con la interpretación sino con la imaginación?

En segundo lugar cuenta la *palabra*, porque en ella se sustentan todas las convicciones vitales de la narradora: “He pasado mi vida creyendo que la palabra es la madera finísima con la que se construyen cosas de lujo y con la que se otorga partida de nacimiento a lo que

merece perdurar y ser compartido. Nombrar algo es asumir nuestra paternidad sobre lo nombrado. ¿Tiene razón de ser lo que voy a nombrar? Si no estoy segura: el silencio” (58).

Aquí no hay silencios. Esta novela construye con palabras, diversas historias enmarcadas en otro discurso, el de la paciente ante su analista que, a su vez, según se menciona, es intervenido por una tal amiga escritora. Y crea y, metafóricamente, recrea una parte de nuestro mundo para decirlo de una manera diferente y conmover a sus lectores.

Vale mencionar la excelente edición del libro a cargo de Báez Editores, que luce como portada una impactante obra del pintor Joseph William Turner.

De mi parte, una cita final. En un momento la paciente pide a la analista:

No la quiero presionar, pero necesito saber que voy encontrando las palabras. Mi máxima aspiración... ofrecerle a usted un relato interesante. Si así fuera ¿por qué contenerme? Óigame y por favor, celebre algo de todo lo que le digo... Recuerde: le pregunto <¿cierto?>. Y usted me dice <cierto>. Ayudaría mucho. (91)

CECILIA VERA DE GÁLVEZ
UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
GUAYAQUIL, ECUADOR
lcvera44@gmail.com
Guayaquil, 9 de julio de 2024

LUIS ANTONIO AGUILAR MONSALVE,
Antología del ensayo breve
ecuatoriano actual,

Loja, Secultura Editorial, 2024, 296 p.

<https://doi.org/10.32719/13900102.2025.57.11>

La aparición de una antología del ensayo breve en el Ecuador resulta de una relevancia fundamental en el panorama literario contemporáneo. En un país cuya tradición ensayística ha quedado muchas veces eclipsada por la narrativa y la poesía, la compilación de este tipo de trabajos invita a una reflexión urgente y profunda sobre la realidad nacional, el pensamiento crítico y los modos en que los intelectuales ecuatorianos se han vinculado a su tiempo y espacio. El ensayo, sobre todo el breve, con su carácter híbrido y su flexibilidad formal, permite a los autores ecuatorianos abordar temáticas sociales, culturales y filosóficas desde perspectivas diversas, y una antología que recoja estos textos es una herramienta invaluable para generar debate y visibilizar las preocupaciones del país desde una óptica académica y literaria.

Entre los cuarenta y dos autores incluidos en la antología, destacan figuras de gran trayectoria como Raúl Vallejo, Carlos Burgos, Jorge Dávila Vásquez, Antonio Sacoto, Vladimiro Rivas Iturralde y Raúl Serrano Sánchez. Estos escritores han dejado una huella indeleble en el imaginario literario y cultural ecuatoriano, aportando no solo desde la ficción, sino también desde el ensayo, un género que les ha permitido

reflexionar sobre la historia, la identidad, la política y la literatura misma. La inclusión de estos nombres en la antología no solo garantiza un alto nivel de calidad y profundidad en los textos, sino que también ofrece al lector un recorrido por las distintas épocas y corrientes de pensamiento que han marcado la producción intelectual del Ecuador en las últimas décadas. Se extraña más autores de la costa ecuatoriana: apenas hay nueve ensayistas.

Un aspecto por destacar de esta antología es la presencia de mujeres ensayistas, entre ellas Susana Cordero de Espinosa, Sandra Araya, Aminta Buenaño y Siomara España, aunque pudieron haber sido más las incluidas (apenas hay seis entre treinta y seis varones). La inclusión de estas autoras es una afirmación del espacio ganado por las voces femeninas en un terreno históricamente dominado por los hombres. Estas mujeres no solo han abierto brechas en la literatura y el ensayo ecuatorianos, sino que también han aportado con enfoques y perspectivas novedosas sobre el país, la condición femenina y las complejidades sociales que afectan al Ecuador. La diversidad de sus temas y estilos enriquece la antología, demostrando que el ensayo ecuatoriano actual está atravesado por una pluralidad de voces y miradas que resisten ser encasilladas.

La antología tiene el mérito de incluir nuevas voces que representan el futuro del ensayo ecuatoriano. Autores como Carlos Vásconez, Jacqueline Costales, Juan Cordero Iñiguez y J. M. Naranjo aportan frescu-

ra y nuevas perspectivas al género, abordando temas contemporáneos con una mirada crítica y original. Se celebra la inclusión de ensayistas nacidos fuera de Ecuador como el norteamericano Michael Handelman y el boliviano Jorge H. Zalles. Todos estos escritores emergentes demuestran que el ensayo breve sigue siendo un campo fértil para la experimentación y el debate, y su inclusión en la antología señala la voluntad de abrir el panorama a nuevas generaciones de pensadores.

Finalmente, es preciso reconocer el trabajo del antólogo y prologuista Luis Antonio Aguilar Monsalve, quien ha logrado reunir en un solo volumen (incluyéndose a él mismo) a una diversidad de autores cuyas voces, estilos y preocupaciones son fundamentales para entender el ensayo ecuatoriano contemporáneo.

Valioso resulta el prólogo, no solo porque delimita conceptualmente lo que es el microensayo, sino que nos da el marco latinoamericanista para entender mejor la colección de textos seleccionada. La labor de aglutinar y compendiar a estos ensayistas es un reto enorme que Aguilar Monsalve ha superado con inteligencia y sensibilidad, ofreciendo al lector una antología que no solo refleja la riqueza y variedad del pensamiento ecuatoriano, sino que también pone en valor un género que, aunque a veces relegado, sigue siendo imprescindible para la reflexión crítica del país.

MARCELO BÁEZ MEZA

ESCUELA SUPERIOR POLITÉCNICA
DEL LITORAL
GUAYAQUIL, ECUADOR
mbaez@espol.edu.ec